

## LA NOVIA Y EL NIDO

POEMA EN TRES CANTOS

Al Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto  
de Cueto, su amigo y compañero  
EL AUTOR

## CANTO PRIMERO

## EL NIDO

## I

Ya el mes de abril á la sazón corría,  
y con sus tibias y rosadas manos  
la primavera hospitalaria abría  
sus puertas á los pájaros lejanos.

Era el mes en que, eternas peregrinas,  
después que el frío del invierno pasa,  
todos los años, al tranquilo techo  
del cuarto de Isabel, dos golondrinas  
van á anidar como en su propia casa.

## II

Isabel, que era un ángel que pasaba  
en leer y rezar horas enteras  
cual si fuese educada en un convento,  
al florecer sus quince primaveras  
ni una hoja en su noble pensamiento  
á su corona virginal faltaba;  
y aunque va á ser esposa  
cuando del mal de amor nada recela,  
tomando el novio que escogió su abuela,  
estaba decidida á ser dichosa;  
y ajena á tentaciones y deseos,  
con respecto á casados y casadas  
sólo sabe haber visto en los paseos  
las vides con los olmos enlazadas;  
pues era para ella un casamiento  
reducir á verdad un sueño hermoso,  
ser más querida, realizar un cuento,  
y hacer un viaje al Rin con un esposo.

Así, en ciega ignorancia,  
Isabel, tan sencilla como hermosa,  
aun pensando de un hombre en ser la esposa,  
continuaba en su amor su santa infancia.

## III

Pasan los días, sin contar las horas  
que como sombras huyen,  
mirando con afán cómo construyen  
su nido aquellas aves charladoras,  
que añadiendo canciones á canciones,  
entre ansias dulces y amorosos píos,  
unen hojas y granzas y vellones  
con el gluten y el limo de los ríos;  
y, cuanto más curiosa,  
mirando hacer el nido, se reía,  
entreabierta su boca, parecía  
la luz tomando el fresco en una rosa.

## IV

—¿Para qué sirve un nido?—con sorpresa  
se pregunta Isabel: cuestión obscura  
que ocurre á la vaquera y la princesa,  
y que una y otra de inquirir no cesa;  
pero que en vano resolver procura  
la que el tiempo pasó, casi en clausura,  
entre el rezo, las pláticas, la mesa,  
la música, el paseo y la lectura.  
—¿Para qué sirve un nido?—Al ver delante  
tan honda obscuridad se confundía,  
y, por más que pensaba, no sabía  
cómo ella, que es tan viva y penetrante,  
y lee tantos idiomas de corrido,  
y sabe tantas cosas de hortelana,  
¡oh ciencia inútil de la vida humana!  
no alcanza á comprender lo que es un nido.

## V

Viendo el nido y pensando en su himeneo,  
lanza ardiente, á los pájaros que vuelan,  
las confusas miradas que revelan  
ya inocencia, ya miedo, ya deseo;  
pues ya mujer, sin serlo todavía,  
ante el hondo misterio de aquel nido,

en sus ojos azules se encendía  
poco á poco un fulgor desconocido ;  
y una vez que presiente algo de cierto,  
con singular pudor frunce las cejas,  
quedando sus mejillas pudorosas  
con mucho más color y más hermosas  
que las guindas que cuelga á sus orejas  
cuando alegre corriendo por el huerto,  
coge lirios y caza mariposas.

## VI

Como nunca guardada  
se ha podido tener ninguna cosa  
detrás de unas pupilas transparentes,  
mostrando candorosa  
en la ráfaga azul de su mirada,  
que brilla entre sonrisas inocentes,  
esa inquietud profunda y misteriosa  
que causan en las vírgenes los nidos,  
Isabel, más que inquieta, consternada,  
al ver la turbación de sus sentidos,  
como un niño que al brillo de una espada  
se tapa con terror ojos y oídos,  
se juzga una inocente pecadora,  
y se santigua y reza, y casi llora,  
y entra el aire á raudales en su pecho,  
y hallando el sueño, pero no el olvido,  
se cayó desplomada sobre el lecho,  
preguntando al dormir :—¿Qué será un nido?

## CANTO SEGUNDO

## EL AMOR

## I

Disipada la noche por la aurora,  
la agitada Isabel, desde su lecho,  
que un sol de mayo dora,  
descorriendo las finas  
colgaduras de encaje de Malinas,  
busca otra vez el nido y mira al techo,  
como accediendo al familiar reclamo  
de aquellas habladoras golondrinas  
que nunca acaban de decirse «te amo».

## II

—¿Para qué sirve un nido? He aquí el problema.—  
La novia, al despertar, vuelve á su tema ;  
pues cuando va una niña á ser esposa,  
en prueba de inocencia  
es capaz de cortar, por lo curiosa,  
una rama del árbol de la ciencia.  
¿Para qué habrán servido  
los nidos todos que en el mundo han sido?  
Saber lo que es un nido es cosa grave,  
pues, según Isabel, nadie ha sabido,  
y, lo que es más aún, ninguno sabe,  
por qué se junta un ave con otra ave,  
y juntas con amor hacen un nido.

## III

Temblando de pesar y de contento,  
cual la rama agitada por el viento,  
de nuevo al nido mira ;  
y, aunque nunca manchó su pensamiento  
la pureza del aire que respira,  
sin darse cuenta de ello, es aquel nido  
demonio tentador que habla á su oído ;  
y dudando, turbada,  
si tiene aún su espíritu dormido,  
cual se rompen las nubes en el cielo  
de sus dudas sin fin se rompe el velo ;  
pues en trances de amor es cosa cierta  
que un nido, un beso, un cuento, una nonada,  
en un alma inocente rompe el hielo,  
y á un corazón que duerme lo despierta.

## IV

¡Sagrada obscuridad! Como cruzaban  
por su frente las sombras á montones,  
viendo el nido, sus ojos titilaban  
como el cristal que esparce oscilaciones.  
Y dudas van, y pensamientos vienen ;  
y, haciendo que lo mira distraída  
(habilidad que las mujeres tienen  
desde el día primero de su vida),  
acaba por saber que es aquel nido  
edén por el misterio protegido ;  
y hallando en él impresos

los signos de una boda concertada  
por dos seres dichosos,  
con malicia entendida y saboreada,  
sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,  
ve en las aves del nido dos esposos  
y en su canto una música de besos.

## V

Porque en saber se empeña  
para qué sirve un nido  
que así el amor le enseña,  
¡lanzada en pleno cielo, sueña... y sueña!...  
y aguarda á que el misterio incomprensible  
le baje á descifrar, compadecido,  
algún viajero azul de lo invisible;  
y á una malicia, en risa transformada,  
que en su mirada virginal destella,  
se queda avergonzada  
como sale, al salir de una enramada,  
después del primer beso una doncella;  
y á un brillo entre diabólico y divino,  
pensando en el misterio del problema,  
tanto mira Isabel, que al fin vislumbra  
en yo no sé qué lúgubre penumbra,  
que un nido es el misterio del destino,  
que es de la vida la explosión suprema;  
y ya, como mujer apasionada,  
mirando á su pesar en lo invisible,  
se perdió vagamente su mirada  
en la luz infinita é indefinible;  
y como, al fin, la juventud ligera  
no sabe, al estudiar lo que son nidos,  
que hay peligro en jugar con los sentidos  
en un día de sol de primavera,  
á Isabel, ya febril, le parecía  
que alguna mano que en la luz flotaba  
el velo misterioso descorría  
y en derredor la tierra se le andaba;  
era su alma una noche sin aurora;  
nada distinto oía ni veía;  
la cabeza se le iba y le zumbaba,  
y sentía una sed devoradora;  
y comentando, grave y resignada,  
el secreto á sí misma sorprendido,  
—Se conoce—pensaba—que es forzoso  
dar la mano á un esposo;  
querer y ser querida;  
hacer, como los pájaros, un nido;  
cantar á Dios y bendecir la vida.—

## CANTO TERCERO

## LA NOVIA

## I

Como el amor primero es tan ardiente  
y despierta á las niñas tan temprano,  
Isabel se despierta con el día,  
y al apartar de su divina frente  
un raudal de cabellos con la mano,  
que en un vapor de encajes se perdía,  
halla su tez de nieve, nunca hollada,  
tan fresca como el agua de verano  
en el fondo de un pozo serenada.

## II

De su lecho de pluma  
salió Isabel cual Venus de la espuma;  
después, mirando al techo,  
vibró su corazón dentro del pecho  
al ver la golondrina que cubría  
en forma de abanico sus hijuelos,  
y al padre, que en el pico les traía  
pan de la tierra y besos de los cielos.  
Tan grande amor su corazón inflama;  
y en sus ojos, con fuego inusitado,  
arde una pura y transparente llama  
al ver en sus hijuelos desatado  
el nudo misterioso de aquel drama.  
Espantada, el misterio comprendiendo,  
casi vuelve á gemir y casi reza;  
y unas veces rezando, otras gimiendo,  
entrando de repente en la tristeza,  
ya marchitas sus puras alegrías,  
la niña acaba y la mujer empieza;  
y más cuando la tímida nidada  
de aquel nido, asonándose á la entrada,  
parece que le dice:—¡Buenos días!—  
y más aún cuando á los hijos viendo,  
suspirando responde:—¡Ya lo entiendo!—  
Y encendido su rostro, cual la frente  
de una mujer culpable y candorosa,  
sobre sus ojos pudorosamente  
deja caer sus párpados de rosa.

## III

Como el amor es cosa  
que, cual voz de eco en eco repetida,  
palpita en la crisálida metida  
y brilla al convertirse en mariposa,  
ve Isabel con encanto  
que es un nido la copa misteriosa  
donde está la embriaguez desconocida;  
y así, pasando de capullo á rosa,  
tan turbada se ve y enternecida,  
que llora, aunque riendo bajo el llanto,  
porque hay seres que ríen cuando lloran  
con la risa común de los que ignoran  
que en llorar y reír se va la vida.

## IV

Y cuando en aquel día,  
convirtiendo en historia la novela,  
al altar de himeneo fué llamada  
la gracia de la casa de su abuela,  
¡ay! ¡cuál quedó anublada  
aquella llama azul de su mirada!  
¡Cómo llora y su madre la consuela!  
Y ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,  
se mira en los espejos á hurtadillas,  
y en ellos, viendo de su boda el traje,  
se ríe con la risa de la aurora,  
y abisma su mirada en resplandores,  
mostrando, pensativa y seductora,  
sus dientes y sus labios, maridaje  
de las perlas casadas con las flores!

## V

Ya va y viene Isabel, y baja y sube,  
agitándose aérea y diligente  
con una vaga ondulación de nube;  
y aunque era á su belleza indiferente,  
con natural gracejo  
hoy aprende delante del espejo  
á conocer lo hermoso de su frente;  
y ora se juzga amada y ora amante,  
y haciendo con su traje ruido de alas,  
circula como un duende por delante  
de los grandes espejos de las salas;

y, al verse retratada, la doncella  
lleva por sí la admiración tan lejos,  
que, á fuerza de mirarse en los espejos,  
siente ya el goce de saber que es bella.

## VI

Al volver de jazmines coronada  
como una campesina desposada,  
sintiendo accesos de calor y frío,  
tiembla el alma en su boca seductora,  
como tiembla á los rayos de la aurora  
sobre una flor la gota de rocío.

Los ojos, Isabel, desconcertada,  
tanto abre para ver, que no ve nada;  
la estatua del asombro parecía,  
y, no pudiendo respirar apenas,  
un no sé qué de eléctrico en sus venas  
en generosa transfusión corría.

Aunque casi educada en un convento,  
ya sentía en su noble pensamiento  
algo más que ilusión y confianza,  
ignorancia y candor, fe y esperanza;  
pues al mirarse de su alcoba enfrente,  
del abismo de amor dulce pendiente,  
la sangre que á su rostro se arrebató  
la pone del color de la escarlata...

Mas ¡oh Dios del pudor! no tengáis miedo  
que aquel resumen de la vida toda  
con su deliquio y sus misterios cuente...  
Yo quisiera contarlos, mas no puedo;  
pues donde hay sueño virginal ó boda,  
según Góngora, un ángel sonriente  
pone gentil sobre la boca un dedo.